

bones y se dedicó a vivir de las rentas que tenía, hasta que, agotadas éstas, se quedó en el estado puro de los poetas; o sea, sin un duro.

Alonso fundó, con ayuda de otros poetas como Melanio Peraile, Manuel Alcántara, Guillermo Osorio, César González Ruano y Fernández Trujillo, la tertulia "Versos a Medianoche" en la primavera de 1950 y poco después, el 12 de mayo del mismo año, presentó en una de sus veladas en las que los poetas en el momento de leer sus poemas encendían "quinqués", a Acacia Uceta, que aquella noche leía por vez primera en público sus poemas, y a Enrique Domínguez Millán: "Es una fecha muy feliz para nosotros -dice ella- que celebramos todos los años." El Café Varela y aquellas tertulias eran frecuentadas por los mejores poetas y artistas de aquellos tiempos.

Se había llegado a decir que, por ser tiempos de posguerra y escasear todo, el Gobierno daba orden de apagar las luces eléctricas al sonar las doces campanadas de la noche, y es Acacia Uceta, precisamente, quien me aclara: "Eso no era así. Se apagaban las luces porque era más romántico encender velas y 'quinqués'. Y no te puedes imaginar el encanto mágico que tenían aquellas reuniones, casi en penumbra y escuchando la voz del poeta que relataba sus versos." En efecto, era un tono romántico que hoy hemos perdido y ya nunca va a volver.

A TERTULIA QUE DECAE, POETAS DE ALTURA

Se decía antes "pléyade de poetas", por aquellos que acudían a las tertulias de café a leer y compartir sus versos con otros. Eduardo Alonso frecuentaba las que se celebraban en Madrid y el lugar donde siempre se les podía encontrar era el "Varela". La Peña de Albacete en Madrid, acogida ya a la Casa de La Mancha, celebró algunos actos en homenaje al poeta Eduardo Alonso, que había muerto en 1956, y en 1979 fundó la "Tertulia Poética" a la que dio su nombre, que desde el primer momento aglutinó en torno a su recuerdo a los mejores poetas del momento.

Entre los contertulios era fácil encontrar a poetas de altura como Manuel Alcántara, Evaristo Acevedo, María Angeles Armas, José Asenjo, Gloria Calvo, José María Cirujano... No faltaban nunca los Dicenta, Fernando y Joaquín, Gamallo Fierros, Augusto Haupold, María Antonia Ibarra, Alfredo Juderías, Florencio Llanos, José Antonio Medrano, Federico de Mendizábal, Antonio Mingote, Guillermo Osorio, Melanio Peraile, J. Pérez Crespo, el "satíri-

co" desaparecido el pasad año; Lolita Quincoes; Agustín Sánchez, Adelaida de las Santas; Carmen de la Torre, que fue la primera mujer "capita" de Madrid, muy amiga de mi hermano Fernando; Manolo Vegas y M. Paz Viloría. Si hoy ha decaído, habrá que llevar a ella poetas de altura, que ya los tuvo y buenísimos.

LOS QUE VENIAN DE ALBACETE

Ya sé que como muestra, un botón, pero en aquella tertulia que se ha seguido celebrando y que llegó a promover ciclos literarios de gran interés, entre otros eximios e ilustres poetas, he visto yo en repetidas ocasiones a Francisco Ballesteros, Ismael Belmonte, Ramón Bello Bañón, Juan José García Carbonell, Alfonso López Grádoli, y una tarde don José García-Nieto me dijo: "Isabel, pero ¿es que en Albacete no sólo tenéis buenos pintores, sino que además acaparáis a los mejores poetas?"

Venían de Albacete, por estar un rato en la Casa de La Mancha, diciendo y escuchando versos. Habían tomado el rápido de las 3 y se volverían en el "valenciano" o "el cartagenero". Las tertulias "Eduardo Alonso" se seguirán celebrando durante mucho tiempo, espere-mos; pero el presidente de la Peña de Albacete, ahora don Miguel Brazales, no debe ni puede decaer en el empeño de devolverles el prestigio que tuvieron. Busquen sus responsables para participar en ellas, poetas de altura, sobre todo poetas, que los hay, y cuídenlas, porque en estos tipos de odios y guerras que por todas partes nos acosan, los poetas nos hacen más falta que nunca.

Mientras tanto en Fuenteálamo se sigue el rastro a un poeta llamado Eduardo Alonso, que llegó al pueblo siendo muy chiquito y supo amarlo para siempre y enorgullecerse de él. Había nacido en Valencia en 1898, era hijo de Justo Alonso Tárrega y Carmen Herrera de la Fuente, y allí aprendió los primeros saberes, esos que no se olvidan y que a veces, como en este caso, terminan transcribiéndose en versos sencillos, claros y hermosos que emocionan, escritos con un lápiz "faber" al respaldo de un "ticquet" de café. Hoy sus hijos y sus nietos, Clara, Leticia, Rocío, Paloma, Silvia, Sonia, Eduardo y Oscar, le recuerdan en aquel Madrid que él amo y en el que escribió sus primeros versos, un hombre bueno, sencillo, tímido, tierno y amable que amaba entrañablemente a su pueblo albacetense, Fuenteálamo. Se llamaba Eduardo Alonso.

ISABEL MONTEJANO
Periodista